

# Lámparas COMUNITARIAS

## PENTECOSTÉS ES LA FIESTA DE LA COMUNIDAD

**E**n el libro de los Hechos de los Apóstoles se narra la experiencia a través de la cual nació la Iglesia. Dice la Palabra: "Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos en un mismo lugar..." (Hech 2, 1). Había un grupo grande de gente sobre el cual descendió el Espíritu: "eran 120 personas". Es decir que había una asamblea orando en el lugar. De ahí viene el nombre de Iglesia: la asamblea del Pueblo de Dios.

Podemos ver también que la experiencia de Pentecostés está marcada por algunos signos como el viento y el fuego. El fuego es expresión del amor que quema.

El texto nos relata que "vieron aparecer unas lenguas como de fuego que descendieron por separado sobre cada uno de ellos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo".

Cabe señalar cuánta es la delicadeza de Dios porque no hizo un derramamiento de modo general sino que el Espíritu descendió sobre cada uno en particular. Por eso san Pablo dirá que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones" (Rom 5, 5). Esas "lenguas de fuego" son las que nos permiten tener en el corazón el amor de Dios.

Al mismo tiempo, allí sucede la experiencia carismática del don de lenguas donde todos comienzan a expresarse en idiomas inteligibles. La gente que oía ese murmullo se llenó de asombro porque cada uno oía a los otros hablar en su propia lengua.

A veces se cree que cada uno entendía lo que se decía porque lo percibía en su propio idioma. Aunque no es lo que se comenta habitualmente de este hecho pentecostal, podemos creer que Dios derramaba lo que San Pablo llama "el don de interpretación" (1 Cor 12, 30b).

Pero lo trascendente es esto: ellos escuchaban proclamar en sus lenguas las maravillas del Señor. ¿Para qué tener el amor de Dios en el corazón si no es para proclamar en nuestras lenguas las maravillas del Señor? Eso se expresa especialmente en la oración de la alabanza y adoración a Dios.

**¿PARA QUÉ TENER  
EL AMOR DE DIOS  
EN EL CORAZÓN  
SI NO ES  
PARA PROCLAMAR  
LAS MARAVILLAS  
DEL SEÑOR?**

### ■ Obras de la carne y del Espíritu

Por otra parte, en el capítulo cinco de Gálatas se nos habla sobre la conducción del Espíritu. Él nos quiere conducir para ponernos en presencia de Dios, ubicarnos internamente en su amor, en su alianza con los hombres a través de la Iglesia.

En este sentido, allí se describe lo que puede significar el estar o no conducido por Dios en lo que Pablo llama "las obras de la carne" y las "del Espíritu".



Es importante identificar cuáles son unas y otras para saber cómo ubicarnos en la experiencia cotidiana en el trabajo, en la familia, en la participación en la sociedad, etc.

Las obras de la carne son "fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías, y todos los excesos de esta naturaleza. En cambio las obras del Espíritu son: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia. Frente a estas cosas, la Ley está de más, porque los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos" (Gal 5, 19-24). Es decir que estos han salido o tratan de salir de las obras de la carne para vivir en las obras del Espíritu: obras de la fe, de la esperanza. Una esperanza que nos da la alegría, como lo remarca siempre Francisco.

El amor de Dios derramado en nuestros corazones nos permite reconocerlo y amarlo como nuestro Padre, y amarnos entre nosotros como hermanos porque tenemos un Padre común que está en el cielo. Eso es lo que decimos cuando oramos: "Padre nuestro que estás en el cielo...".

Esto nos dice que tenemos un parentesco de fraternidad y esta gracia en la sociedad es importante para ser presencia del Espíritu que quiere entre nosotros una civilización de vida y no de muerte. "Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por él".

Necesitamos aprender a discernir cuáles son los movimientos internos en nuestro corazón; ver cuándo se ajustan y cuándo no con lo que Dios quiere obrar con su amor derramado en nuestro interior.

## ■ Luces encendidas

La Jornada de Pentecostés que celebramos cada año en el Movimiento de la Palabra de Dios se fue constituyendo como la Jornada de los Centros pastorales, la Jornada de la comunidad. ¿Qué le dice Jesús a nuestras comunidades discipulares que tienen el llamado de tratar de vivir como laicos comprometidos de la Iglesia?

Jesús puede decirnos: "Ustedes no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo" (Jn 15, 19). Jesús fue luz del mundo llevando una coherencia de vida que contradecía su medio ambiente. Esa es una experiencia que muchas veces tenemos nosotros, pero esta contradicción por parte de Jesús fue lo que hizo que el mundo se salvara.

La coherencia con la gracia de Dios, que nosotros podemos tener, es testimonio de algo distinto. No tenemos que identificarnos con aquellas actitudes que no son trascendentes, que no vienen del Espíritu. Eso no hace bien.

Tenemos que ser testimonio de algo distinto en nuestra cultura, que llame a la conversión. Si el otro ve que hay algo distinto en mí, podrá no gustarle o negar a Dios, pero si al menos mi actitud le produce una pregunta acerca de por qué yo vivo el Evangelio, eso será una puerta para la luz, para la conversión.

Por eso, cada comunidad en esta luz de Pentecostés es una lámpara encendida por el Espíritu Santo en medio del sinsentido de la vida y la cultura actual.

No debemos apagar ninguna luz de nuestra lámpara comunitaria. El Señor nos fortalece porque esa luz no es aislada, sino que es una lámpara compartida: ilumina más de lo que cada uno puede iluminar.

**Padre Ricardo, MPD**

Extracto de la homilía del 04-06-2017 en ocasión del 40.º aniversario de la fundación del Centro Pastoral de Devoto en Buenos Aires.